

 Seix Barral

Angélica Gorodischer

Doquier





Seix Barral

Angélica Gorodischer

Doquier

Prólogo de Selva Almada

*Si l'on nous demandait quel
est le bienfait le plus précieux
de la maison, nous dirions:
la maison héberge le rêve, la
maison protège le rêveur, la
maison nous permet de rêver en paix.*

GASTON BACHELARD

Pues bien, que era martes y fue que San Lupo vino a caer ese año en martes. ¿Yo? La impavidez hecha persona, fuera martes o el día que fuere, sin moverme de mi sillón del que por otra parte hace quince años que no me muevo, por qué habría de hacerlo. ¿Vale la pena acaso? Los santos allá en el cielo si es que lo que dicen es verdad que mucho me temo que no lo sea, y yo en quietud.

Alguien, quietud la mía que no la del mundo allá afuera, alguien se asomaba a la tienda en el frente de la casa, alguien que no terminaba de entrar como si entrar fuera tan difícil que a veces lo es, concedo; alguien que solo estaba, como diciendo para convencerse me voy no me voy, juego de su cuerpo y de sus intenciones.

Tosí un poco con arte de toseres que he ido aprendiendo con los años que es sacando la tos desde las tripas, se tenga o no ganas de toser, provocando al aire para que ruede hacia arriba, asiendo fuertemente los brazos del sillón y empujando entonces, como para echar parte del alma por la boca. Tosí y el tonto de Moisés Urregui se movió como haciendo que algo hacía que yo sabía que no era que algo hiciera y siempre me he preguntado por qué lo aguanté tantos años y me he respondido que porque era tonto, por eso, porque un tonto en la casa nunca viene mal para obedecer sin chistar cosa que puede ser peligrosa si no se sabe que las órdenes han de darse con precisión y sin que nada dé a confusiones para no encontrarse al cabo con lo contrario de lo que se deseaba.

El que se asomaba no tuvo más remedio que terminar de entrar porque supuso con el tole tole de Moisés que lo había visto alguna de las personas de la casa, el tonto o yo, que los demás por ahí andarían pero no cerca, y Moisés el tonto lo saludó tan en fino como se creía a veces, cuando no me tenía delante. No, el tal no quería comprar nada y se había asomado solo por preguntar acerca de mi salud y ya que mi dependiente era tan amable como para darle la bienvenida, pues entraba y si yo estaba de humor y ánimos, se llegaba a saludarme.

No lo estaba, yo. Pero Moisés asomó la cabezota para asegurarse de si lo estaba o no, que bien sabe que nunca lo estoy pero también sabe que lo esté o no lo esté hay algo que me inclina a recibir a cuanto Juan, Pedro o Perico detenga la marcha un medio segundo junto al umbral de mi puerta y ese algo ayayay es la necesidad de atisbar eso de lo que no hablan los libros de los rábulas ni los sermones

de los clérigos ni los discursos de los catedráticos, a saber lo que hay en el fondo de las almas, lo oculto, lo que por alguna razón se esconde.

Reveladora palabra, oculto. Empieza con la O de la noche porque la noche es O ya que la oscuridad es redonda, sin aristas, suave, sin esperanzas; y de súbito la roca de la CE nos detiene y nos avisa que lo que viene es peligroso y lo es en la U del abismo, cañón y sima que de ser posible hay que evitar ya que quién sabe qué seres deformes y viscosos se agitan allá en el suelo lejano entre los dos farallones. Lo demás es borrasca y estruendo, ya lo oculto ha hecho su trabajo y ha dejado su huella en el alma. Lo demás son la ELE y la TE que golpean una contra la otra inútilmente como si ya se supiera todo y no quedara sino la resignación. Solo que al final hay otra O, hay otra oscuridad suave y lisa como un manto nuevo, tentadora, túnel, tormento, y eso es lo que me cautiva, no la gente: lo que la atormenta.

Conveniente sería no darle demasiadas vueltas a esta cuestión. Todas las palabras son reveladoras si vamos a eso. Cuando el Señor Todopoderoso, dicen, otorgó a Adán el privilegio de dar nombre a cosas y a bestias, el muy calzonazos, primer hombre y lo que se quiera pero que no se diga que no estuvo cabezotas como el que más, dijo lo primero que se le pasó por las mentes y así nos fue y toda palabra es reveladora y dice lo que no queremos decir y por eso con un poco de ingenio y un mucho de paciencia es posible saber lo que las gentes piensan y no quieren pensar, lo que dicen y no quieren decir, lo que mienten y quieren mentir pero no pueden. Ya lo supieron todo eso los sabios de la Antigüedad sin que por esto que digo

surja la más ligera sospecha de que yo he de nombrar a alguno de ellos no sea que se me tache de vaya a saber qué ligerezas o soberbias u oscuros, ay, sí, ocultos propósitos.

Era, como dije, San Lupo; y el día anterior, lunes, había sido San Inocencio, y el siguiente, miércoles, sería Santa Julita mártir. Siento cierta simpatía por los mártires y sobre todo por las mártires, y me apoyo en las mismas razones, caprichosas razones, en las cuales me apoyaba para sentir la cierta simpatía que sentía por el tonto de Moisés. Ni Lupo ni Inocencio fueron mártires y ninguno de los dos puede contar con la más mínima porción de mi simpatía. Para decir la verdad, Inocencio no llama sino a mi indiferencia pero Lupo siempre me ha dado mala espina.

—Bien, bien —dije, recurriendo de nuevo a la tos pero esta vez sin tanto aparato—, con un poco de catarro como usted ve, pero ya pasará, ya pasará.

—Hará usted mejor en cuidarse —dijo el visitante—, tomar una pócima de, de, ¿de qué fue aquello que le recetó a Sebastiana la de Vélez?

—*Linfolia fidelis* —dije—, en efecto, solo que lo de la Sebastiana fue de viento seco, oeste-norte, catarro de garganta o sea un mal rojizo en el que la linfolia viene de perillas, y lo mío es enfriamiento, cuadrante sur si me comprende, de modo que hay que pensar en males de la humedad fría. Es decir que lo que conviene, quizá, porque en estas cosas nadie puede pontificar ni dar algo por seguro, lo que conviene es la resina silex de la que ya he hecho refinar unas pintas, lo poco que me iba quedando porque no es época, desgraciadamente no es época para recogerla, no, aún no —volví a toser.

—¿Moisés sabe artes de farmacia? —preguntó el visitante abriendo mucho los ojos.

—¿Moisés? —dije con espanto—. Oh, no, claro que no, no es él quien anda en esos oficios. Se necesitan mano firme, entendimiento claro y, pero ay, qué falta de cortesía la mía, por favor, siéntese, hágame el honor, señor don Florencio, siéntese, allí, sí, en ese sillón que es en donde va a estar más cómodo, eso es, ¡Moisés, Moisés!, a ver, el bastón y el sombrero de don Florencio. En la percha, en dónde va a ser, infeliz, claro, con cuidado, va, va por si acaso ha de llegar gente.

—¿Y se siente usted mejor?

—¿Mejor?

—Digo, después de haber tomado la resina.

—No, no querido señor, la resina no se toma, no por lo menos la resina silex aunque tengo noticias de que hay otras, más al norte, bosques que se cubren de nieve, ¿sabe usted?, que sí se beben. No, esta no, esta se unta en tópicos, no, no, no tanto como dolorosos pero sí levemente molestos, sí. Y en efecto, me siento bastante mejor. Mejor que ayer por lo menos.

Ayer había sido San Inocencio, ¿lo dije ya?, un italiano que llegó a papa, un pedante si se me pide mi opinión y si no se me pide también, que tuvo la mala idea de meterse con Alarico, sujeto poco recomendable ese, pero bastante interesante como suelen ser los sujetos poco recomendables. ¿Qué hizo Alarico? Qué no hizo, Jesús María y José, pero eso es harina de otro costal.

—...con un buen descanso —decía don Florencio.

Y yo que había estado pensando en Alarico. Apuesto, en un estilo más bien toscano. Un bergante sin duda, atrevi-

do y desalmado, pero que debe haberse estremecido al oír el paso acolchado de la muerte. Infinitamente más ameno que Inocencio, sin ninguna duda.

—Perdón, ¿decía usted?

—Que el descanso debe ser beneficioso para esos estados.

—Ah sí, el descanso es casi siempre beneficioso, pero claro que el mío siendo obligatorio... —suspiré— es, aquí, como sentencia —volví a suspirar—, sin saber siquiera lo que pasa fuera de mis paredes.

—Es que no es mucho lo que pasa —dijo don Florencio.

¿Cómo que no?, pensé, algo ha de pasar, viejo zorro. Pero me guardé muy bien de decir eso que pensaba porque don Florencio madura en secreto y al paso como maduran las frutas, como por otra parte lo hace la mayoría de la gente. Madura cuando se lo deja tranquilo y se mira para otro lado como no dándole importancia a lo que pueda estar él por decir que es lo que se está esperando con ansias, y dejé que mis ojos se elevaran y que cuando yo moviera la cabeza muy despacio vagaran por las paredes, los dos tapices gemelos, la ventana, la puerta que da al corredor, como sin intención ni ánimo, como quien mira la casa por vez primera, sin extrañeza aunque eso sea lo menos creíble.

Comprendo muy bien que cuando se traspone la puerta que va de la tienda a mis habitaciones haya como un movimiento de sorpresa, un sostenerse de la respiración, un respingo en los menos educados, una sonrisa benévola en los que más acostumbrados están a andar por esos mundos. La casa fue, dicen, la parte del Convento

de las Descalzas en donde estaban las celdas de las novicias; y después, cuando se demolió el convento para dar lugar a la nueva sede de la judicatura, quedó esto que fue albergue de esclavos recién desembarcados en este suelo. Yo tengo mis sospechas. No porque siempre sospeche de todo, que lo hago, sino porque todas las moradas guardan cicatrices y con mayor razón ha de guardarlas esta que fue arriadero de cuerpos en donde es muy posible que se mezclaran las respiraciones y los sudores, las lágrimas y los jugos más dulces que destila la carne al contacto con el aire pesado de las noches del encierro. Quién puede saber si todavía en los rincones no se oyen gemidos y cánticos, quem cum amavero, casta sum; cum tetigero, munda sum; cum accepero, virgo sum; suspiros, voces acalladas al nacer, murmullos, balbuceos, un roce, algo, algo que no llegó a ser un grito.

Había la primera vez que entré aquí demasiadas paredes, demasiados recovecos, demasiados cubículos, demasiados ventanucos allá muy arriba cerca del techo, demasiadas rejas, demasiadas cerraduras demasiado poderosas, cosa que no me descorazonó, al contrario. Pensé que dormiría allí en contacto con vaya a saber qué sombras, esperando oír vaya a saber qué voces. Pensé que jamás me aburriría porque de alguna parte siempre algo estaría a punto de asaltarme. Pensé, en fin, que esas sombras estarían más vivas que en otras casas más respetables que ya había ido a ver, y que algo me dirían cuando se acostumbraran a mi presencia. Y, sí, tengo que confesarlo, también me alegró pensar que mucha gente se escandalizaría en la ciudad cuando supiera que de todos los lugares disponibles yo había elegido precisamente este, albergue

de esclavos, vergel de mujeres santas, madriguera de otras que fueron lo que fueron pero no santas, lugar cambiante y apasionado, paredes espesas, el aire untuoso de signos. Toda casa es un laberinto, me dije, y si eso no es un recuerdo de algo que alguien dijo una vez, entonces es la revelación de una certeza que nunca se puso en palabras y que aparece, hurtadora, en el sopor de la razón.

Ni qué decir que tuve mucho que hacer para poner el lugar en condiciones. Me gustaría contar cómo fue que corrí por toda la ciudad en busca de albañiles, poceros, herreros, encaladores, vidrieros y yeseros, pero nadie me va a creer. Eso de correr por la ciudad no va con mi posición en la vida, ni con mis gustos y quién no lo sabe en esta población enredadora y deslenguada. Simplemente me senté en el centro de mis nuevos dominios y esperé a que los demás llegaran, cosa que hicieron con una previsible puntualidad. Contraté a un maestro de obraje que más parecía un deshollinador que un patrón de artesanos y confié en que me estafaría lo menos posible. Él a su vez eligió obreros de todas las especialidades y tres meses después la casa estaba habitable. Habíamos echado abajo paredes, cegado saeteras para abrir altas ventanas, cerrado pozos inexplicables, arrancado cadenas de los zócalos, ensanchado puertas. Habíamos construido hogares, enlosado aposentos, tendido drenajes, amurado brazos de hierro para luces, remendado techos, levantado arcos. Habíamos puesto llamadores, sacabarro, palenques, hornos, postigos, enrejados, hornacinas, veletas y brocales.

Toda la parte de adelante que había estado formada por cubículos en ringlera como de ajos o chilcotes, terminó por ser un gran salón en el que trabajaron carpin-

teros, ebanistas y vidrieros, con lo que quedó convertido en activa tienda. Las gentes desde entonces no han dejado de entrar a comprar o de detenerse, solo eso, como don Florencio en la mañana de San Lupo. Ni han dejado de espiar, murmurar, fantasear y sospechar.

—Que usted ya sabe, se dice que van a reabrir el viejo mercado.

¿No digo? Claro que eso del viejo mercado no era novedad. Cada tanto alguien que se sentía inseguro en el sillón de mando hacía ver que estaba preocupado por los trabajos públicos y entre los muchos despropósitos que anunciaba, iba lo de reabrir el viejo mercado.

—Ajá, ajá —dije como si me interesara muchísimo el proyecto.

—Y que han aparecido otra vez esas hojas.

Esta vez dije ¡bah! y no me molesté ni en mover un dedo para indicar que la cuestión me aburría.

—Interesantes, no vaya a creer que no. Dentro de lo que la maledicencia, en fin, por supuesto que es de censurar, no puedo decir que yo justifique esas cosas y menos que me parezca tolerable la malicia que siembran. Pero la gente hasta se levanta más temprano de lo que acostumbra para verlas aún pegadas a las puertas de los damnificados, las lee; las lee cuando los dueños de casa sin creer que les iba a tocar el turno, no han dado orden a los sirvientes de vigilar las puertas a la madrugada; las lee, se divierte y las comenta. Ah, y que viene un sobrino de don Casiano Salinas Rey.

Ahí estaba. Era eso lo que don Florencio se había llegado a decirme y no me decía. Por lo tanto bajé los párpados e hice como que me adormilaba.

—¿Me oyó? ¿Oyó lo que le dije?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo?, perdone usted —y tosi otras toses más, sin exagerar para que don Florencio no fuera a perder la confianza en la resina silex que se topica y no se traga.

—Que viene un sobrino de don Casiano. ¿Se acuerda de don Casiano?

—Pero sí, por supuesto. ¿Un sobrino? ¿Que viene un sobrino? No sabía que tuviera sobrinos el, ejem, el bueno de don Casiano. No sabía que tuviera a nadie, que hubiera tenido jamás a nadie salvo, usted me comprende, esas, bueno, esas amistades pasajeras.

—Sobrinos sí que los tenía, sobrinos de la mujer, de doña Eduviges Ponce. Varios, parece. Uno de ellos viene.

—¿Y a qué puede venir un mozo de esos? Fortuna no ha de esperar en estos pueblos, con lo que más le valdría quedarse en las Europas en donde quiera que viva.

En eso pasó Polibio. Pasó como pasan los gatos, llevándose las sombras por delante, mirando al frente como si los ojos lo tironearan de los bigotes y yo alcancé a pensar que el antónimo del gato es el burro y también a desear que don Florencio no se distrajera.

Que no se distrajo puesto que ni lo vio.

Hay gente así, que no ve lo que pasa a su alrededor, gente que no tiene los ojos vueltos hacia afuera sino hacia adentro pero no para mirarse sino para no ver a los demás.

—España, sí, aunque no sé qué ciudad o burgo.

El santo protector de los gatos es San Antonio el Grande, mala persona de seguro puesto que no cesaba de ver demonios y diablos que se llegaban a tentarlo. Y

mujeres desnudas, dicen. Eso lo comprendo: que una mujer desnuda venga a tentar a un anacoreta me parece bastante razonable. Pero los diablos y los demonios ¿qué tentación pueden traer contra un santo si es santo, a ver? Después del primer susto cualquiera se acostumbra y los demonios pasan a ser como los trastos y los muebles porque jamás he sabido que los malos sean originales o imaginativos, siempre con cuernos y cola y esas carotas espantosas a las que un santo, pensando en la gloria, termina por perderles toda aversión. Pueden llegar a ser molestos, lo admito, pero con el pasar del tiempo, tal como los trebejos. De todos modos a Polibio lo protegí siempre contra las caídas y los gatos rivales y las tormentas y los perros vagabundos. Debe haber sido porque fueron casi contemporáneos.

—Y en cuanto a qué lo trae a estas tierras, quién sabe. La casa de la calle del Bajo tal vez.

Eso también lo comprendí. Tal vez por aquellos reinos la fortuna anduviera un poco flaca o esquiva o ambas cosas a la vez que es lo peor que puede pasarles a la fortuna y a quienes la persiguen y entonces alguien se acuerda del viejo tío y sabe o no de su suerte y de la tierra lejana y misteriosa que habitó y se dice pues vamos y veamos y vendamos que algo ha de caernos en chihua. Y no se equivoca el alguien las más de las veces, que no.

La noticia, sin embargo, me inquietó. No llegó a preocuparme pero me inquietó. Se hablaría de eso noche y día, ya me lo estaba imaginando, y siempre habría quien recordara que yo no era de los que había frecuentado la casa de la calle del Bajo. Y bien, que lo recordaran, concluí, mal no habría de hacerme.

¿Cómo sería el señoritingo que venía? ¿Y cuándo? El cuándo era particularmente importante. Esperaba que no demasiado pronto. Vendría, ya me enteraría cuándo, vendría en buque de registro, en convoy para desalentar a los holandeses y a los ingleses, en uno de esos galeones que traen tres cubiertas, bauprés, castillo y toldilla a popa sobre el alcázar; vendría en cámara especial, con servidumbre y ayo si era muy joven, con secretario y asistente si no lo era ya tanto, y llegaría, si llegaba porque pudiera ser que no llegara si los britacos o los comelecheros no se desalentaban, llegaría para fines del invierno ya que si don Florencio estaba enterado, era que alguien recién desembarcado había traído la nueva, y bajaría lleno de terciopelos y encajes y plumas cargando arcones y baúles y no pararía en posada que bien pobres eran las nuestras sino que iría directamente a la casa de la calle del Bajo y abriría los postigos buscando que el sol entrara en las salas y los corredores. Ya podía verlo, y eso que aún no estaba ahí, aún no se había llegado nadie a contármelo.

¿Qué hace, pensé, qué hace don Florencio que no se va? Necesito, pensé, necesito pensar y este viejo pura mollizna parece querer quedarse de visita formal el resto de la mañana. Rebusqué algún pretexto con el que hacerlo salir de mi casa, fruncí el entrecejo y hasta tramé la conveniencia de llevarle a San Marutin patrono de los idiotas un velón el primero de noviembre. Pero dicen que San Marutin vuelve tal como se levantó de la tumba para retornar de Roma a su pueblito francés, de modo que abandoné la idea.

Eso fue un martes y porque era martes sin necesidad de mediaciones celestiales don Florencio dijo que se iba

porque por ser martes lo estaban esperando en lo de su concuñado don Nepomuceno Ribeiro, cita a la que jamás faltaba. Su difunta esposa, dijo, no se lo perdonaría si lo hiciera. Él la imaginaba en el cielo, qué duda cabe, los ojos turnios como los había tenido en su paso por este valle de lágrimas fijos en él a pesar de la muerte como los había tenido fijos en él a pesar de la bizquera durante la vida. Asentí gravemente como cuadraba a la seriedad de la ocasión y di voces a Moisés para que alcanzara bastón y sombrero al visitante.

Y se fue.

Polibio maullaba allá atrás como si lo estuvieran degollando y los pasos de la Teresona caían gochos y apurados sobre las piedras del patio. Mis pensamientos se fueron por el cuenco de leche gorda y el plato de hígado fresco que la motosa pondría bajo el hocico de Polibio. Entre un gato, un historiador, un burro y un santo sentados los cuatro en mi sala bajo los tapices, orondos y algo burlones, me fueron robando las ideas y las imaginaciones sobre el pasajero del galeón de registro que vendría o no llegaría cuándo y ni se sabía si de verdad venía porque habría que cotejar con otros murmuradores y en eso entró Moisés a preguntar si podía cerrar la tienda que ya habían sonado las campanadas del mediodía.

—Yo no las oí —dije, y al ver el desconuelo en la cara del tonto de Moisés le dije que sí, que cerrara.

Polibio había dejado de maullar y desde los dominios de la Teresona venía de refilón, poderoso como Alarico, el olor a cabrito asado.